



LOGROÑO BAJO ASEDIO:

Los hechos de 1521

TEXTO: Diego Téllez Alarcia

Para poder calibrar en su justa medida la relevancia de un episodio histórico como el cerco de Logroño de 1521 debemos partir necesariamente de su puesta en contexto general. ¿Qué circunstancias provocaron la llegada de un ejército franco-navarro a las puertas de Logroño?



Batalla de Pavía. Tapices de Bernard van Orley.

CONTEXTUALIZACIÓN

Como cualquier acción bélica, el sitio se enmarca en un conflicto más amplio, conocido como Guerra de los Cuatro Años o Sexta Guerra Italiana (para la historiografía francesa). Esta tuvo lugar entre 1521 y 1526 en cuatro escenarios distintos: Italia, por supuesto, Flandes, la Provenza y Navarra. En todos ellos se dieron batallas importantes. ¿Fue la de Logroño de las más destacadas? En absoluto. En este mismo frente navarro se produjeron acciones de mayor entidad como la batalla de Noáin o el sitio de Fuenterrabía. Pero es que estas fueron eclipsadas totalmente por las que se dieron en el Norte de Italia: Bicoca y, sobre

todo, Pavía. En esta última fue capturado el mismísimo rey francés, que pasaría algo más de un año cautivo en Madrid mientras se negociaba la paz.

¿Cuáles fueron las causas desencadenantes del conflicto? Existía, por supuesto, una rivalidad de fondo. Esta se daba, además, en tres niveles distintos: estaba la personal entre los dos soberanos, Carlos y Francisco, atizada en 1520 por la elección como emperador del primero; estaba la de las dos casas, Augsburgo y Valois, que competían por intereses dinásticos del antiguo ducado de Borgoña; y estaba la de dos construcciones políticas nuevas, las monarquías Hispánica y Francesa, con intereses



estratégicos que colisionaban en lugares como Navarra, el Rosellón o Italia. En el marco de esa triple rivalidad un hito inesperado proporcionó a Francia la oportunidad de resarcirse de reveses pasados: la revuelta de las Comunidades de Castilla.

No obstante, el monarca galo estaba atado al mantenimiento de la paz por el Tratado de Londres firmado en 1518 por Francia, Inglaterra, el Imperio y la monarquía Hispánica. Este preveía que si uno de los firmantes rompía el pacto sería enfrentado por la unión de fuerzas del resto. Para evitar semejante entente en contra, Francisco I ideó dos expediciones contra territorios controlados por Carlos I, financiadas y apoyadas por Francia, pero lideradas por “testaferros”. Si Roberto de la Marck fue el elegido para agredir Flandes, Enrique de Albret, pretendiente al trono de Navarra, lo sería como justificación de la invasión de Navarra. Con todo, la juventud de este último hizo aconsejable la elección de otro general. El escogido fue André de Foix, señor de Asparros, hermano de dos de los militares más laureados de la corte francesa, Odet y Thomas de Foix, y primo segundo del pretendiente. Los logroñeses lo conocerían más adelante con el nombre de “Asparros”.

¿POR QUÉ? LA LLEGADA DEL EJÉRCITO FRANCÉS

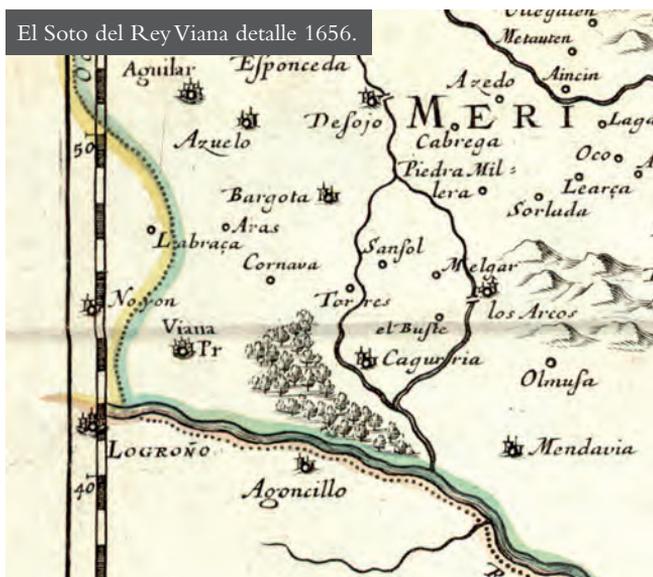
Navarra había sido un reino independiente hasta 1512. Su ubicación geográfica y su debilidad política lo habían convertido, sin embargo, en una presa apetecible para los dos gigantes que lo rodeaban. Por si fuera poco, la guerra civil que estalló en 1451 dividió a su población en dos bandos, beaumonteses y agramonteses, debilitando todavía más su situación. Tras décadas de tiras y aflojas, Fernando el Católico ordenó su invasión en 1512 logrando su conquista en apenas unos meses. Con posterioridad, había habido dos tentativas de recuperación por parte de los soberanos depuestos, Juan III y Catalina. Ambas habían sido apoyadas por Francia. Am-

Una de las causas desencadenantes del conflicto fue la rivalidad que existía de fondo entre los dos soberanos (Carlos y Francisco), entre las dos casas (Augsburgo y Valois) y entre las dos construcciones políticas nuevas (las monarquías Hispánica y Francesa).

bas habían terminado en fracaso. La de 1521 sería la tercera y última.

El ejército de Asparros penetró en la Baja Navarra (es decir, la que se situaba al norte de los Pirineos) el 12 de mayo. En unos días sometió su capital, San Juan de Pie de Puerto, y el fuerte del Peñón, que custodiaba la ruta de acceso a Pamplona a través de Roncesvalles. En apenas cuatro días más sus tropas se presentaban en la capital, que había sido abandonada poco antes por el virrey, el duque de Nájera. Navarra estaba casi totalmente desguarnecida ya que los soldados allí destinados habían sido enviados por el virrey a Castilla, a colaborar en la represión de la revuelta comunera. Así las cosas, la ciudad abrió sus puertas a Asparros y juró lealtad a Enrique de Albret. Su castillo resistió algo más. En los combates por su toma recibió su célebre herida Ignacio de Loyola. Capituló el 25. Una vez capturada Pamplona, los invasores se esparcieron por el resto del reino. Lumbier y Tafalla ya habían rendido pleitesía para aquel entonces. Estella se había levantado el 21 y Artajona había sido ocupada el 22. Tudela se entregó el 30. Los Arcos fue saqueada y Viana se rindió el 3 de junio. Desde allí apenas estaban a unos kilómetros de Logroño, la “llave de Castilla”. La tentación de continuar una campaña hasta entonces exitosa debía ser irresistible.

El Soto del Rey Viana detalle 1656.



(53)



Plano Logroño 1521.



Por si esta fuera poco, Asparros tenía razones estratégicas para continuar más allá. Por un lado, sabía gracias a sus espías que en Logroño y en Navarrete se estaban concentrando tropas. Un ataque preventivo para dispersarlas podía prevenir un enfrentamiento más complicado si permitía que siguieran llegando refuerzos. Tampoco desechaba el general la posibilidad de que una victoria en territorio castellano reavivase los rescoldos de la revuelta comu-

ra. Hay que recordar que, pese a la derrota de Villalar, Toledo todavía resistía. Finalmente, y esta razón era absolutamente inapelable, André de Foix recibió orden directa de atacar proveniente de su soberano.

EFFECTIVOS Y SITUACIÓN DE SITIADORES Y SITIADOS

El número de efectivos y la situación de sitiadores y sitiados distaba mucho de lo que los



Restos arqueológicos de la fortaleza de Logroño.

Castillo de Aguas Mansas (Agoncillo).





apologistas han descrito con posterioridad a los hechos. La hueste que comandaba Asparros había penetrado en Navarra con unas cifras nada despreciables: entre 12 y 15 mil hombres según la fuente documental que examinemos. Sin embargo, en Pamplona tan solo habían entrado en torno a 9 mil. En Estella, según cálculo del corregidor Villegas, eran ya solo 8 mil. Este desgaste se explica en los soldados que André de Foix debía dejar para guarnicionar cada enclave conquistado. Solo en Pamplona quedaron 2 mil hombres. Las desertiones también irían haciendo mella. Siguiendo estas informaciones, el ejército sitiador de Logroño sería mucho más reducido que el propuesto por Albia de Castro (30 mil soldados) o por el Voto de San Bernabé (28 mil). Para colmo de males, la hueste no había recibido la última paga y padecía de problemas crónicos de abastecimiento. La cosecha de 1520 había sido pésima en Navarra, el grano escaseaba y el poco que había se vendía a precios desorbitados. Todo ello influía en la moral de una tropa que era de por sí indisciplinada. Las quejas del general al respecto son constantes.

En lo que concierne a los defensores, también es preciso desterrar muchos mitos. Los logroñeses no empuñaron las armas (salvo puntualísimas excepciones). Para ello había atrincherados más de 3 mil soldados profesionales, algunos pertenecientes a la infantería vieja de Castilla y con la presencia de oficiales del prestigio, reputación y experiencia de Pedro Vélez de Guevara, Pedro de Beaumont, el capitán Collazos, Diego de Vera o Gonzalo Palomino. Por si esto fuera poco, la ciudad llevaba meses preparándose para la contingencia: las defensas se habían reparado, se había hecho acopio de armas y suministros y se habían fundido y traído cañones. Todo ello haría que Asparros exclamase en uno de sus despachos que “aunque la muralla de la ciudad no es muy fuerte, la han reparado bien y está muy bien artillada”. El cardenal Adriano valoraba el nivel de los defensores diciendo que dentro había “muy buena gente y bien experimentada”.

Así las cosas, era evidente que André de Foix iba a encontrar resistencia seria a su avance por primera vez en toda la campaña. Tenía otro elemento en su contra: el tiempo. Mientras su progresión se estancaba frente a los muros de Logroño, un importante ejército de socorro se iba gestando en varios puntos de Castilla e iría confluyendo poco a poco en la capital. No solo tenía que planificar y ejecutar un asedio, maniobra siempre compleja: debía hacerlo contrarreloj.

El número de efectivos y la situación de sitiadores y sitiados distaba mucho de lo que los apologistas han descrito con posterioridad a los hechos.

SIETE DÍAS DE CERCO

Existe cierta controversia en las fuentes a la hora de definir con precisión el día en el que comenzó el cerco. Según el duque de Nájera habría sido el 4 de junio. Pedro Mártir de Anglería señala como fecha el 5. El general francés, por su parte, aunque reconoce una escaramuza en esta última, afirma que todo dio comienzo el día 6, cuando cruzó el Ebro a la altura del Soto del Rey, un bosquecillo situado frente a Agoncillo. Sea como fuere, la documentación confirma que se inició mucho más tarde de lo que la tradición y los constructores de mitos habían afirmado.

El primer impacto de la invasión no se produjo en Logroño, sino en las localidades aledañas al vado empleado para atravesar el río: Agoncillo y Murillo de Río Leza. Ambas fueron saqueadas. Mientras tanto, el grueso del ejército franco-navarro se dirigió a Logroño por el lado oriental. Esa misma noche el



Detalle del *Triunfo del emperador Maximiliano* Guerra danesa.

Asparros creía que un ataque preventivo para dispersar a las tropas castellanas podía prevenir un enfrentamiento posterior más complicado; además, una victoria en territorio castellano podía reavivar la revuelta comunera.

lugarteniente Santa Coloma y el especialista en artillería Lacapelle iniciaron las aproximaciones hasta plantar la batería. Inmediatamente esta abrió fuego contra las defensas de la ciudad. El bombardeo se prolongó durante tres días con intensidad. El día 8 consiguieron abrir brecha según narra Adriano de Utrecht aunque “sin osarla entrar”. Otros testimonios, sobre todo el del duque de Nájera y el de Mártir de Anglería, señalan que el elemento clave de la defensa fueron los escopeteros: “aprovecharon mucho porque con ellos no se daba lugar a toda la batería que pudieran hacer los enemigos”. Fuese

por la acción de estos últimos o por otros motivos, Asparros ordenó retirar la batería el día 9 al alcance de un falcón. Era el primer síntoma de que las cosas no iban bien.

LA RETIRADA

André de Foix, con todo, no se resignaba y aseguraba a su monarca que haría otro intento, máxime cuando tenía noticias de que en el interior de la ciudad algunos soldados estaban a punto de amotinarse. Es sorprendente que el general francés estuviera tan bien informado. Sabemos que por estos días el capitán Gonzalo de Oviedo hizo volver a “muchos soldados de las compañías [que] se iban amotinados camino de Navarrete”. Por otro lado, todavía cabía esperar alguna reacción en el bando comunero. En cualquier caso, sus esperanzas se vieron defraudadas. Las noticias de la aproximación de los distintos contingentes del ejército de socorro fue la gota que colmó el vaso. Según la narración del duque de Nájera el 10 se retiró “a dos tiros de ballesta de la ciudad”. Al día

Detalle del *Triunfo del emperador Maximiliano*.

siguiente, el célebre 11 de junio, día de San Bernabé, “tornaron a retirar su real a un término que dice Varea, poco más de un cuarto legua de esta ciudad”. Finalmente, el 12 “comenzaron a caminar y pasaron Ebro por los vados” aunque no se alejaron demasiado, ya que “tornaron a asentar su real en el Soto del Rey donde primero lo habían tenido.”

El duque de Nájera llegó el 11 a la ciudad comandando una fuerza que incluía los soldados que habían permanecido estacionados en Navarrete al mando de su hijo Manrique durante todo el sitio. Concedor del repliegue francés, ordenó a varios capitanes que lo estorbasen, pero “por mucha prisa que se dieron ya los enemigos habían pasado los vados”. Al otro lado del Ebro, Asparros se sintió lo suficientemente seguro como para permanecer a la expectativa otra semana. En ella se confirmaron sus peores temores: el resto de los contingentes del ejército de socorro fueron llegando mientras ninguna ciudad castellana daba señales de volver a rebelarse contra el rey. Una vez apro-

Existe cierta controversia en las fuentes a la hora de definir con precisión el día en el que comenzó el cerco.

visionado, a Asparros no le quedó más remedio que continuar replegándose. La amenaza se trasladaba a la Rioja Baja, ya que la ruta de retirada llevó a la hueste invasora a acampar en Villafranca, frente a Calahorra y Alfaro. De allí partió el 21 en dirección a Pamplona. Ahora sí, el peligro se desvanecía definitivamente. Unos días después, el 30 de junio, el ejército franco navarro sería derrotado y dispersado en Noáin-Esquiroz, y su general capturado.

PARA SABER MÁS

Diego TÉLLEZ ALARCIA (coord.), *El cerco de Logroño de 1521: mitos y realidad*, Logroño, IER / Ayuntamiento de Logroño, 2021.